

LA CIUDAD ILUSTRADA
EN TORNO AL AUTOR Y SU OBRA

ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO



COLECCIÓN



LA CIUDAD ILUSTRADA
EN TORNO AL AUTOR Y SU OBRA

COLECCIÓN:



N.º 14

- © De la edición: Entorno Gráfico Ediciones
- © De los textos: Antonio Chicharro Chamorro
- © De la fotografía: Francisco Fernández

Con la colaboración de Librerías Picasso

Edita: Entorno Gráfico Ediciones

Pol. Ind. La Vega, nave 18

18230 Atarfe (Granada)

Tfno. 958 43 18 24

www.entornografico.es

info@entornografico.es

Imprime: Entorno Gráfico (Atarfe)

Pedidos: www.entornografico.es

www.editorialentornografico.es

www.abacografico.es

Impreso en España / Printed in Spain

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en la Ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

NOTA
BIOBIBLIOGRÁFICA



ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO

(Baeza, 1951), de la Academia de Buenas Letras de Granada, Medalla de Oro al Mérito de la Ciudad de Granada, Premio de Excelencia Docente y Diploma de Excelencia Investigadora de la Universidad de Granada, es catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de dicha universidad, en la que ha desempeñado numerosas responsabilidades: director del departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura; miembro del Consejo de la Editorial Universidad de Granada y de la Comisión de Innovación Docente; además de coordinador del Programa de Doctorado con Mención de Calidad “Teoría de la Literatura y del Arte y Literatura Comparada”; ponente del Máster Oficial Universitario en Estudios literarios y teatrales; director del grupo de investigación “Teoría de la literatura y sus aplicaciones” y coordinador del área Teoría de la literatura y Literatura comparada. Es presidente de honor de la Academia de Buenas Letras de Granada, de la Asociación Andaluza de Semiótica y *membre d'honneur* del Institut international de sociocritique. Ha dirigido la revista *Sociocriticism* en su segunda época, entre 2006 y 2018, y forma parte de varios consejos de revistas y medios editoriales nacionales e internacionales como, entre otros: *Comunicación. Revista Internacional de Comunicación Audiovisual, Publicidad y Estudios Culturales*; *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura*

y *Literatura Comparada* (2003-2019); *Itinerarios. Revista de Estudios Lingüísticos, Literarios, Históricos y Culturales*, Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de la Universidad de Varsovia; *Revista de Estudios Humanísticos*, Universidad de León; *Impossibilia. Revista Internacional de Estudios Literarios*; *Actio Nova. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*; *Nudos. Revista Transdisciplinar de Sociología, Teoría y Didáctica de la Literatura*; Comité Científico Internacional de la colección Académica de Ediciones Esdrújula; Comitato Scientifico de L'Albatros. Collana de letteratura straniera diretta da Monica Savoca, Algra Editore; *Theory Now. Journal of Literature, critique, and Thought*; y *Socio/Criticism*, en su tercera época. Como jurado, ha participado en el Premio Nacional de Ensayo, Premio Internacional de Poesía “Ciudad de Granada-Federico García Lorca”, Premio “Jaén” de Poesía, Premio “Genil de Literatura”, Premio Internacional de Poesía “Gabriel Celaya”, Premio “Antonio Machado en Baeza”, Premio de Poesía Joven “Antonio Carvajal”, Premio “Francisco Izquierdo” de Literatura Granadina, Premio de Literatura “Ángel Ganivet”, entre otros. Su investigación se centra en aspectos de teoría e historia del pensamiento literario en España, poética y poesía españolas contemporáneas y teoría de la literatura con una atención particular en los aspectos sociológicos del hecho literario, líneas en las que se inscriben treinta y cinco tesis doctorales y varios congresos dirigidos. Ha sido profesor visitante en las universidades de Copenhague y “Paul Valéry” de Montpellier y profesor invitado en la Universidad de Guadalajara (México) y Universidad Veracruzana (México). Entre sus publicaciones, cuenta con

numerosos artículos de su especialidad publicados en las revistas *Ínsula*, *Revista de Literatura*, *Signa*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Cuadernos Interdisciplinarios de Estudios Literarios*, *La Página*, *Sociocriticism*, *Tropelías*, *Studi Ispanici*, *Prosopopeya*, *Químera*, *Káñina*, *Revue Romane* y *Turia*, entre otras; y con los libros *Literatura y saber* (1987), *La teoría y crítica literaria de Gabriel Celaya* (1989), *De una poética fieramente humana* (1997), *Ideologías literaturoológicas y significación* (1998), *La aguja del navegante (Crítica y literatura del Sur)* (2002), *Para una historia del pensamiento literario en España* (2004), *El corazón periférico (Sobre el estudio de literatura y sociedad)* (2005), *El pensamiento vivo de Francisco Ayala (Una introducción a su sociología del arte y crítica literaria)* (2006), *Estudios sobre Gabriel Celaya y su obra literaria* (2007), *En la plaza (De libros, novelas y poemas)* (2007), *Sociocrítica e interdisciplinariedad* (2010, en colaboración), *Entre lo dado y lo creado. Una aproximación a los estudios sociocríticos* (2012), *Fulgor de brasa. La poesía y poética de Antonio Carvajal* (2015), *Edmond Cros y los estudios sociocríticos* (2020) y *Ascua encendida: Antonio Machado, Baeza y la poesía* (2021). Ha editado a los escritores Marcelino Menéndez Pelayo, Francisco Ayala, Dámaso Alonso, Gabriel Celaya, José G. Ladrón de Guevara y Antonio Carvajal; además de coordinado la edición de varios libros de homenaje, de estudios literarios y de actas de congresos.

TEXTOS

LA INSTITUCIÓN FRANCISCO AYALA

Para Rafael Juárez, *in memoriam*.

FRANCISCO AYALA, UNA INSTITUCIÓN

Poca duda cabe de que el escritor granadino Francisco Ayala es, entre nosotros, una institución, es decir, que posee un prestigio debido al conjunto de su plural obra y a la trayectoria ejemplar de una vida que ha transcurrido por la casi totalidad del convulso siglo xx llegando felizmente a nuestros días. Estas circunstancias, a las que ha de unirse el hecho de, como él mismo ha dicho en varias ocasiones, se haya “sobrevivido” hasta poder celebrar en el año 2006 el centenario en vida, han hecho que su figura de escritor haya saltado más allá de sus lectores habituales provocando además la necesidad de proceder con él y con su obra a otra clase de institucionalización.

Me refiero a la institucionalización que supone la dotación de una muy noble sede para la fundación que lleva su nombre, una fundación que tuvo sus comienzos años antes del centenario, en 1998, y en la que tanto esfuerzo pusieron las universidades de Sevilla y de Granada y, más concretamente, los profesores Vázquez Medel y Sánchez Trigueros. Pues bien, fue el día 19 de marzo de 2007 cuando, con la presencia del propio Francisco Ayala, se procedió a la inauguración de ese espacio cultural, de esa nueva sede que materializaba así ante los ojos de nuestra sociedad la importancia y el prestigio a que acabo de referirme, pues no debe olvidarse que una institución así constituye un

instrumento social que viene a asegurar la conservación, difusión y memoria de una obra y de un escritor cervantianamente ejemplares. No en balde la Fundación Francisco Ayala (FFA) tiene por objeto “custodiar el legado creativo, intelectual y material de Francisco Ayala y promover el estudio y la difusión de su obra como precursor de la renovación de la prosa española de vanguardia, la narrativa y el ensayo del exilio, el pensamiento social y la teoría y la historia literarias”, asumiendo la apuesta ética de Francisco Ayala en defensa de la libertad, entendida como patrimonio individual y compromiso social.

El palacete de Alcázar Genil, antigua almunia propiedad de la familia real nazarí, mandada construir a comienzos del siglo XIII en las inmediaciones del río Genil, aunque profundamente restaurada en los siglos XIX y XX, ha sido destinado a albergar la Fundación Francisco Ayala. El soleado día de su inauguración constituyó, entre naranjos, una fiesta de la cultura de Granada en la que estuvieron representadas las diversas instancias políticas y sociales. Nuestro centenario escritor había logrado el consenso de instituciones y personas.

Pues bien, allí se guardan los particulares instrumentos que dan sentido a esa institución: libros, objetos y documentos personales, además de una biblioteca, esto es, los signos de una vida entera al tiempo que la condición de la memoria. Allí se custodian tanto las primeras como las más recientes ediciones de libros fundamentales como *Los usurpadores*, *La cabeza del cordero*, *Historia de macacos*, *Muertes de perro*, *El jardín de las delicias* y *Recuerdos y olvidos*, esperando la resurrección lectora y la inteligencia de los investigadores.

[*Anuario Granada 2008. Crónica del año 2007*, Granada, Asociación de la Prensa de Granada, 2008, pp. 102-103]

2006, *ANNUS MIRABILIS* Y *ANNUS HORRIBILIS*

Haz y envés. El contínuum de la vida, atrapado en el corte convencional de un año, impone también para 2006 su lógica inextricable. Dicho año se diferencia muy poco en aspectos sustantivos de otros años pasados e incluso me atrevo a pensar que escasamente se diferenciará de otros años que están por venir. Así, muy poco de lo que pueda escribir sorprenderá al lector que observa, ejecuta o padece la interminable danza del haz y el envés de la vida. Ésta es la razón del título con que encabezo mis palabras. 2006 ha sido pues un año maravillo al tiempo que un año horrible.

Pero no voy a detenerme en ofrecer, al modo de un sucinto anuario, un catálogo de recuerdos del año en cuestión. Eso lo hacen ya las publicaciones especializadas y ahí quedan para su consulta los almacenes de la memoria que llenan el ciberespacio y los anaqueles de las hemerotecas. Además, carece de sentido en este breve espacio remachar el clavo de la sobreinfectada clase política con su sostenida crispación, predicar en el desierto frente a la, por doquier, voraz planificación especuladora y desarrollo urbanos sin límite o denunciar la muerte en forma de pasta de papel de árboles que durante años nos dieron su sombra y llenaron el paisaje de nuestras vidas, sin que olvidemos nunca las siempre tristes y pertinaces sangrías humanas que asolaron y asolan las mismas zonas del mundo.

Sin embargo y frente a esto, cómo no celebrar la larga vida de este diario poniendo en este proscenio de papel el recuerdo de una celebración que ha llenado el año 2006 y que ha demostrado lo que vale una vida

ejemplar de escritor, un escritor por cierto granadino de nacimiento y ciudadano del mundo por vocación y final proyección de su plural obra. Me refiero, claro está, a Francisco Ayala y a la fiesta cultural en que ha consistido la celebración del primer centenario de su nacimiento.

Para comenzar, no olvidemos que este centenario, al que le viene perfecto el traje del adjetivo latino *mirabilis*, ha contado con la viva presencia del escritor y el comportamiento ejemplar de las instituciones que han colaborado en él, sin distinción política ni administrativa. Así es que no sólo traigo al recuerdo la celebración de cien años de una vida y una obra de un granadino universal, sino también el ejemplo de colaboración entre instituciones a la hora de practicar el arte de la gratitud y el reconocimiento a quien ha dedicado su vida entera a la titánica tarea de comprender y hacer comprender el mundo a través de su obra, una obra que se ha venido desarrollando tanto por la vía de la creación como por la de la reflexión disciplinar y el ensayo.

Si el lector tiene en cuenta lo expuesto, comprenderá por qué el diario *Ideal* ponía como noticia más destacada en su portada del 16 de marzo de 2006 “Francisco Ayala cumple cien años de lucidez”, restando todo el protagonismo a la noticia de la mayor ofensiva aérea que Estados Unidos había lanzado sobre Irak desde el comienzo de la guerra o al acatamiento del Partido Popular de la decisión del Tribunal Constitucional sobre la reforma del Estatut catalán, entre otras más. En el caso que nos ocupa, todas las instancias sociales y, en concreto, el diario *Ideal*, supieron estar a la altura de su responsabilidad sobreponiéndose a intereses partidistas y, en el caso

del periódico nombrado, sobreponiendo una información cultural a la política, económica, social o militar. Granada, y no hago excepción alguna, ha demostrado a lo largo de todo el año 2006 que puede actuar con altura de miras y coyuntural unidad de acción. Ésta ha sido la segunda lección de un centenario. La primera, no he de insistir mucho en ello, es celebrar la vida y la obra de un escritor ejemplar digno de reconocimiento y de atenta y permanente lectura por cuanto a través de su obra comprenderemos mejor el haz y el envés de la vida y aceptaremos que cualquier año, 2006 por ejemplo, es siempre *annus mirabilis* y *annus horribilis*.

[*Ideal*. 1932-1907. 75 Aniversario, Suplemento Especial,
Granada, 24 de mayo de 2007, p. 400]

FRANCISCO AYALA, CLÁSICO ENTRE CLÁSICOS

Adelanto que me siento especialmente satisfecho de enhebrar estas palabras sobre el libro *Francisco Ayala y el mundo clásico* (Granada, Editorial Universidad de Granada, 2008), de Inmaculada López Calahorro, por cuanto, de alguna manera y sin pretenderlo, estoy vinculado a su origen, tal como cuenta la autora en la introducción. La historia a este respecto es bien sencilla: Inmaculada López Calahorro, deslumbrada por la lectura de las obras literarias de Francisco Ayala –no en balde deja dicho que se trata de una obra magnífica y serena– y movida por el deseo de celebrar ese encuentro dando cuenta en un trabajo de lo que su mirada, conformada por el estudio de la filología clásica, comenzaba a descubrir y a relacionar, tenía dudas respecto del interés y posibilidades de los resultados de su indagación en el conjunto de los estudios ayalianos y me pidió opinión. Yo lo único que hice fue despejarle esas dudas, celebrar la conveniencia de su proyecto y afirmarla en su pretensión.

Una vez vistos los resultados, el lector comprenderá mi satisfacción, ya que, además, no estamos tan sobrados de lectores expertos que puedan aportar la lámpara de su inteligencia y especialización a la hora de comentar, explanar, interpretar y valorar una obra tan calculada en el proceso de elaboración, tan variada y de claves tan complejas y de tan alta densidad de significación como la de Francisco Ayala. Así pues, si entre todos sabemos todo o, mejor dicho, si entre todos somos menos ignorantes, vale decir que entre hispanistas, teó-

ricos de la literatura y de la literatura comparada, filólogos —aquí y ahora sin adjetivos— y sociólogos, entre otros especialistas, podemos conocer mejor la plural obra de nuestro centenario escritor granadino, una obra que, en efecto y como queda demostrado en el libro, no sólo está vinculada *velis nolis* al universo del mundo clásico, ya sea de modo consciente como de manera no consciente, sino que ella misma participa de algún modo de lo que, entre nosotros, damos en llamar clásico, al tratarse de una obra que mantiene un equilibrio razonable y se orienta a cierto ideal de perfección en su factura, tal como ha perseguido Ayala —así lo afirma en la introducción del libro *Las plumas del fénix. Estudios de literatura española*, de 1989— su deseo preferente ha sido conseguir relatos imaginarios de alguna perennidad frente al resto de su obra disciplinar y ensayística:

mi vocación y principal empeño han estado dirigidos siempre hacia la prosa narrativa. El cultivo de relatos imaginarios me ha procurado la mayor satisfacción, y en este género creo haber producido obras dotadas de alguna perennidad.

Su obra es, en consecuencia, clásica al haber resultado consagrada —y ser a su modo modélica— por lectores y críticos, además de por poseer en su conjunto un sentido de madura plenitud.

Estamos, pues, ante un estudio de un clásico vivo de nuestras letras en relación con los clásicos de nuestra cultura. Estamos ante un clásico también en el sentido en el que hace suyo nuestra autora cuando a este propósito ofrece algunas de las razones que expone Italo Calvino

en su *Por qué leer a los clásicos*. Si tenemos en cuenta, como afirma Calvino, que “es clásico lo que tiende a relegar la actualidad a ruido de fondo, pero al mismo tiempo no puede prescindir de ese ruido de fondo” y que, en todo caso, la actualidad “es el punto donde hemos de situarnos para mirar hacia delante o hacia atrás”, obras de Ayala como *Los usurpadores* o *La cabeza del cordero* —objeto de un minucioso análisis comparado en el estudio en relación con la obra épica de Lucano—, ambas de 1949, confirman la conveniencia de aplicar ese adjetivo a su obra de invención literaria, pues en ellas toma en cuenta para las historias de sus relatos allí agrupados la experiencia de la guerra civil, desprovista de todo elemento anecdótico, y aspectos de la historia de España sobre los que, a decir del escritor, proyectar las angustias de su tiempo y reflexionar desde el plano estético sobre lo que supone el ejercicio del poder: el poder ejercido por el hombre sobre su prójimo, viene a decir Ayala, supone una forma de usurpación. Todo ello en una escritura reflexiva y responsable, de hondo calado moral por lo que supone de meditación creadora sobre la radical condición humana. Esto explica, como he dejado escrito en otro lugar, que nuestro escritor reconozca en la obra de arte una dimensión cognoscitiva y considere que las obras literarias, desprovistas de toda urgencia y aplicación instrumental, puedan cumplir con la función social de buscar la radical autenticidad del ser humano a través de una interpretación directa y sin compromiso de la concreta coyuntura en que se encuentran con vocación de perdurabilidad, obteniéndose así en los lectores las consecuencias que fueren, dado que las creaciones literarias juegan un decisivo papel formativo en

la realidad de la vida humana, un papel que no se limita a la introducción de personajes de ficción que encarnan un valor universal, sino que indaga en la condición de la vida humana y busca respuestas acerca del sentido de la existencia.

Pero no sólo es un clásico vivo, sino que también resulta clásico en aspectos básicos de su modo de concepción de algo más que la literatura, esto es, de su concepción de la poiesis o radical capacidad humana de creación y de la ficción verbal, dominio de toda literatura, tal como se deduce de la lectura de su ensayo *Reflexiones sobre la estructura narrativa*, de 1970, en el que, por ejemplo, recurre a la idea aristotélica de mimesis —relacionada con ella también está obviamente la de verosimilitud—, si bien ésta, a decir de Ayala, no implica copia fiel de los aspectos sensibles de la realidad, sino su reproducción creativa en la esfera de lo imaginario, al definir la obra como una configuración de lenguaje imaginario que constituye un ámbito cerrado en sí mismo, pese a las indispensables referencias al mundo exterior —la lengua y objetos y situaciones de la realidad práctica— que permiten el acceso a la obra y llegar a entenderla. Aquí radica, como resulta obvio, su concepción de la literatura como una forma de conocimiento y este planteamiento básico explica de igual modo el cultivo y defensa que hace del modo realista de escritura, revaluando siempre la esfera imaginaria de la obra, la forma poética y el hecho de que ésta preserve las experiencias humanas. De ahí que participe acto seguido de la famosa dualidad horaciana *docere / delectare*. Para Ayala, el enseñar y deleitar a un tiempo es un efecto que se produce por consistir la obra de creación

en un dispositivo de palabras que, mediante sugestivos procedimientos, encierra el núcleo de lo intuido en una estructura fija que invita a reproducir en la conciencia del lector intuiciones análogas.

Queda por lo tanto más que justificada la necesidad y conveniencia del estudio intertextual, intratextual y comparado de Inmaculada López Calahorro y resulta muy recomendable su lectura por cuanto el mismo, con su atención puesta en ese pasado cultural clásico que alcanza su inevitable existencia en nuestro presente, en este caso en el duradero cristal de la obra de Francisco Ayala, proporciona al lector una mejor comprensión de su literatura y, en ella, de nuestro propio tiempo. Al fin y al cabo en las prácticas discursivas literarias y, en general, de cultura nada surge de la nada. La ansiada originalidad tiene, pues, sus límites. En concreto, en el dominio de la creación literaria, los textos entran en inevitable relación con otros textos, con otros códigos y con otras prácticas de cultura literaria o no literaria. La antigua indagación positivista de fuentes e influencias no hace más que atestiguarlo, indagación que en todo caso otorgaba un alto protagonismo el autor y su biografía o su psicología. Sin embargo, los actuales estudios de la intertextualidad, en los que se ubica el trabajo de Inmaculada López Calahorro, resultan eficaces a la hora de esclarecer lo que puede ser una cualidad de todo texto o bien la de un texto particular y sus múltiples relaciones presentes de determinada manera en el mismo, relaciones que pueden ser externas e internas, propias de la literatura o no, mostradas como citas o alusiones, marcadas o no, que no hacen sino ratificar que todo texto es en efecto un mosaico de citas que

absorbe y transforma otros textos y un lugar de cruce de lenguajes y voces, esto es, un espacio dialógico que articula pasado y presente revelando su orientación social. Por esta razón, la erudición presente en el estudio es antes que nada un fruto para enriquecer nuestra comprensión de la creación literaria de Francisco Ayala, al tiempo que viene a demostrar que la originalidad consiste, como el propio Ayala plantea en *Reflexiones sobre la estructura narrativa*, en el modo como la individualidad creadora consigue manifestar a través de la palabra y del uso de elementos comunes a una cultura su singular visión del mundo.

Espero que se comprenda ahora la necesidad de este trabajo a la que hacía referencia más arriba y se reconozca y valore la dificultad que encierra su elaboración no sólo por el volumen de lecturas que conlleva –el dominio de su ocupación es el conjunto de la obra literaria de Ayala, con estudios particulares de sus principales obras–, sino muy especialmente por lo que la mirada lectora experta reconoce, relaciona o lleva al texto de la cultura clásica occidental. Ahí quedan –por orden de aparición y uso en el libro– los nombres y determinadas obras de Cicerón, Plinio, Platón, Hesíodo, Luciano de Samósata, Lucano, Herodoto, Tácito, Apuleyo y Horacio, entre otros. De igual modo, ahí quedan, como no podía ser de otra manera, el análisis del sentido de la presencia intertextual e intratextual de algunos fragmentos de la espesa red donde habitan los mitos clásicos con nombre propio como Medusa, Circe, Aurora, Diana, Minotauro, etc., o el estudio del mito de las edades o del laberinto. Y todo ello siguiendo una exposición, clara y muy lógicamente estructurada en sus apartados, que va

discurriendo de modo paralelo a la trayectoria seguida por la obra de Francisco Ayala.

Sólo me resta congratularme por la elaboración de esta hermosa pieza de taracea crítica que viene a enriquecer la bibliografía sobre nuestro escritor granadino y a mostrar a los lectores interesados esos fragmentos de la cultura clásica presentes en la obra de quien podemos considerar un clásico vivo.

[*En López Calahorra, Inmaculada, Francisco Ayala y el mundo clásico*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2008, pp. 11-16]

EL VIAJE DEFINITIVO DE FRANCISCO AYALA O DE CÓMO EL HOMBRE SE UNE A SU OBRA

y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado,
mi espíritu errará, nostálgico.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Cuando asistí, con motivo de su fallecimiento, en diciembre de 2009 a un acto celebrado en memoria de Francisco Ayala en la fundación que en Granada lleva su nombre no podía imaginarme que allí mismo, en el patio, a muy pocos metros de donde estaba sentado, habían sido depositadas sus cenizas debajo de un limonero unos pocos días antes. Tras comunicársenos ese hecho a los asistentes y ser invitados a visitar con recogimiento tan cercano lugar, sentí una emoción similar a la que experimenté cuando visité en 1996 el Museo Thorvaldsen de Copenhague en cuyo patio central descansan bajo unos rosales los restos del famoso escultor neoclasicista danés. Me emocionó saber entonces que Bertel Thorvaldsen se había unido de esta manera a su importante obra como me emocionó conocer que nuestro escritor granadino descansaba así muy próximo a sus libros, documentos y demás objetos personales depositados en la Fundación Francisco Ayala. De este modo, sus apagadas cenizas venían a sumarse a las vivas y ardientes ascuas de sus libros cerrándose simbólicamente el círculo que une hombre, escritor y obra. Quienes hayan conocido y leído a Francisco Ayala sabrán cuán reacto era a poner su obra al servicio de su persona y cuán despegado era de sí mismo (de ahí que tomara

con resignación tanto agasajo y reconocimiento en los últimos años de su vida). También, por el contrario, cuánto de su persona y de sostenido esfuerzo ha puesto al servicio de su obra, una obra que, sobre todo la de invención literaria, está constituida por piezas dotadas de alguna perennidad, como él mismo reconocía y dejó escrito, una obra con la que pretendía formular en imágenes su visión del mundo y proponer al juicio de los demás esta cifra de su realidad, justificando así de alguna manera su presencia en él. Por eso, me emocionó saber aquel luminoso y frío día otoñal que con esa decisión tomada de hacer regresar en su viaje definitivo a Ayala a su patria de Granada de algún modo se hacía justicia al procurar que el hombre y la obra estuvieran juntos de esa manera, aunque él tal vez no lo hubiera previsto así. Sus cenizas, lejos de dispersarse y dispersar para siempre al hombre, han venido a recogerse en un hueco de su feraz tierra matriz y a vivificar con su oculta presencia una obra insoslayable de la mejor cultura literaria del siglo xx. De alguna manera, por otra parte, este tan significativo hecho de unir para siempre en la sede de la Fundación —espero que las autoridades futuras de turno, del signo político que fueren, no lo desconsideren nunca— al hombre y su obra me ha llevado a recordar lo que Francisco Ayala había reflexionado acerca de esta relación. Pues bien, para comenzar recordaré que para Ayala toda obra literaria es autobiográfica si se entiende que la biografía de un escritor consiste en sus escritos, pues éstos se nutren de la sustancia de la vida. Ahora bien, aclara nuestro autor granadino,

en lo sustancial la vida humana no está reducida a los acontecimientos en que cada individuo, y en su

caso el escritor, pueda haberse visto implicado [...] A la vida humana pertenecen, no menos sustancialmente, los impulsos biológicos y psíquicos de cada cual, los patrones culturales asumidos, las tradiciones recibidas, su educación artística y literaria, y luego sus peculiares aspiraciones, propósitos, deseos, frustraciones y logros, sueños y ensoñaciones, fantasías, ilusiones y desengaños, y por supuesto, las ideas en que su visión de la realidad se articula y que le permiten expresar de manera consciente, articulada, el modo de su instalación en el mundo [...] De cuáles sean los elementos que, como idóneos, haya seleccionado para una determinada estructura poética dependerá el grado y nivel en que ésta pueda ser considerada biográfica.

Esta idea acerca de que toda obra de arte literario se construye así con materiales de la experiencia de su autor en un amplio sentido —realidad, deseo, fantasía, etcétera— y que ésta viene siempre cargada de significaciones que trascienden a su pura invención artística, explica que Ayala señale la intención del autor como el elemento donde debe buscarse la diferencia entre la obra de creación y otras obras no ficticias del arte literario, si bien la calidad artística del texto depende de que la estructura verbal sea adecuada para encerrar el contenido proyectado, confiriéndole cierta autonomía frente a la contingencia histórica. De ahí que trate la relación del autor con la obra revaluando en todo momento el carácter imaginario del poema frente a interpretaciones que remiten a la realidad práctica del autor, si bien reconoce que toda ficción literaria se nutre de la experien-

cia práctica y llega a convertir en personaje ficticio al propio autor. La ficcionalización del autor se manifiesta de diversos modos: el autor en su realidad cotidiana, con un disfraz de fantasía, como un personaje dentro de la trama, como relator impersonal, etcétera. En todo caso, “el escritor que produce una obra poética transfiriendo a ella algo de su individualidad esencial, queda por ese acto desdoblado en dos: un autor que se incluye en el marco de su obra y el hombre contingente que ha quedado fuera para desintegrarse en el incesante fluir del tiempo”. Este proceso de ficcionalización del autor se explica con los usos de los nombres y seudónimos.

En todo caso y en un paso más de su reflexión, para Francisco Ayala, la originalidad y singularidad de la obra no está en los materiales de la experiencia ni en los artificios formales. El argumento y la forma deben ponerse en juego para dar la expresión más idónea a las intuiciones del escritor. La originalidad será posible si la obra consigue manifestar la índole única de la visión del mundo del autor, esto es, si hace que se revele su libre individualidad a través de las palabras y de sus significaciones. Además, la singularidad de cada obra de creación implica la singularidad del autor ficcionalizado en la misma.

Hasta aquí esta aproximación esencial a las ideas de Ayala sobre lo que pueda suponer la siempre compleja relación del autor con su obra, ideas que coexisten con otras explicaciones distintas y aun contrarias a este respecto, si bien su conocimiento nos servirá como lectores para calibrar al menos la lógica interna que ha estado presente en el proceso de creación de su obra literaria y también, cómo no, para comprobar cómo se llena

de sentido, más allá de lo que pueda ser un humano deseo de dar descanso a un hombre en su tierra natal, el hecho de depositar sus cenizas junto a sus libros en la sede de la Fundación. Por eso me emocionó aquella mañana otoñal saberme tan cerca de las cenizas de don Francisco, mi viejo amigo, y conocer así que, como su obra desde unos años atrás, había venido para quedarse definitivamente entre nosotros. Este ha sido para mí al menos el sentido de su viaje definitivo y por eso cuando paso por la Fundación me detengo a observar las verdes hojas de ese fragante limonero.

[*Anuario Granada 2010. Crónica del año 2009*, Granada, Asociación de la Prensa de Granada, 2010, pp. 36-37]

El pliego n° 14
de *La ciudad ilustrada*,
en torno al autor y su obra,
se imprimió en los talleres de
Entorno Gráfico, en Atarfe,
el 28 de febrero de 2022,
coincidiendo con la festividad
del Día de Andalucía.



